

sino hasta más tarde cuando el concepto se incorporó a la competencia de la Iglesia convirtiéndose ahora en el insulto más grave de todos, llegando incluso a la institución de doctrinas consideradas herejes. Tales doctrinas se encuentran reunidas en el símbolo niceno por medio de los concilios de Constantinopla, Éfeso y Calcedonia, siendo causa primera del conflicto los postulados de Arrio que aseveró que “el hijo de Dios era [...] consustancial al Padre”¹⁸. Por otro lado, en la segunda parte de este capítulo revisará el concepto de ateo como segundo pecado importante – después de la herejía – dentro de su teoría de la pena.

El tercer capítulo titulado *De algunas objeciones contra el Leviatán* es el más breve de los tres que dan cuerpo al *Apéndice* y curiosamente es el más explícito en su molestia a la edición inglesa de 1651, ya que va puntualizando su distancia desde la argumentación de las Sagradas Escrituras. Hobbes parte detallando las partes de su *Leviathan* inglés y acto seguido va citando el capítulo que le produce incomodidad con su correspondiente contra argumentación y refutación desde pasajes bíblicos, volviendo una vez más a temas como la mortalidad y el cuerpo.

En fin, el valor del texto en comento no puede considerarse a la exclusividad del *Apéndice*, verlo así sería ignorar el compromiso teológico que mantiene Hobbes en sus demás obras donde es costumbre dejar el tema de la religión en sus últimos capítulos, sin ir más lejos en *De Cive*, *De Homine* y el propio

Leviathan, con la diferencia de que el *Apéndice* más que un capítulo formal sirve como anexo de exculpación. Con esto pretendo afirmar que no se puede circunscribir el aporte de Miguel Saralegui únicamente a la generosa traducción que aquí se entrega, sino también en la línea histórica y teológica que nos comparte en su Introducción, la cual en varios casos resulta sumamente reveladora y aclaratoria a propósito de argumentos e ideas que el mismo Hobbes no explicita del todo en el *Apéndice*.

En conclusión, este libro resulta ser – probablemente a propósito – un argumento de apoyo a la tesis schmittiana de la secularización de los conceptos políticos modernos y una invitación a seguir discutiendo la filosofía política y la modernidad desde quien – con el respeto que merece Descartes – considero es su padre, quizás no quien la engendró por allá en los últimos recovecos de la edad antigua, pero sí el que la guió y al que volvemos sabiamente cada cierto tiempo en busca de consejo.

Juan Eduardo ERICES REYES

Thomas PIKETTY, *El capital en el siglo XXI*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2015.

Thomas Piketty nació en Clichy, Francia, en 1971. Este profesor, considerado uno de los pioneros en el estudio de la evolución histórica del segmento de la población con mayores ingresos, fue el primer director de la École d'Économie de Paris, donde actualmente ejerce como profesor. Ha recibido numero-

¹⁸ *Ibidem*, p. 150.

sos premios, de entre los cuales destacan el premio Yrjö Jahnsson de la European Economic Association y el premio de la Legión de Honor, el cual rechazó argumentando que no corresponde al gobierno “decidir quién es honorable”¹⁹. Igualmente, fue nombrado en 2012 uno de los “100 pensadores globales más influyentes” por la revista *Foreign Policy*. Este reconocimiento a su labor se debe a su importante contribución en el ámbito de las ciencias sociales. Por un lado, Piketty trata de reconciliar aspectos sociales y políticos con la perspectiva de la economía clásica mediante el uso de leyes econométricas, de manera tal que se consiga superar el divorcio existente entre la economía, el resto de las ciencias sociales y la propia sociedad. Pero Piketty también es alabado por haber reinventado la forma de analizar una gran cantidad de datos para que estos nos den información acerca de la riqueza y la desigualdad. En definitiva, por hacer uso de una lógica holística y comparativa, radicalmente distinta a la del resto de sus colegas.

A este respecto es importante señalar el enorme trabajo de recopilación de información utilizada para elaborar esta obra, lo cual aporta un alto grado de objetividad a su estudio. Las fuentes de las que ha tenido que hacer uso se refieren a la distribución de los ingresos por el trabajo y por el capital (que constituyen la principal dimensión del conflicto distributivo) –tarea ardua en tanto que no

existe un intercambio fiable de información fiscal entre países, así como por la opacidad que caracteriza a los numerosos paraísos fiscales donde las grandes fortunas tratan de ocultar su riqueza. De manera tal que podemos diferenciar dos tipos de fuentes: las relativas a ingresos (trabajo y capital), constituidas por las cuentas nacionales y datos fiscales; y las relativas a los patrimonios y a su relación con los ingresos. Para ampliar dichas fuentes, el autor ha hecho uso incluso de la literatura del siglo XVIII (en especial la obra de Balzac), no tanto para obtener datos concretos como para estudiar la estructura misma de la desigualdad propia de la sociedad de la época.

El método de trabajo que emplea Piketty en esta obra consiste en una extensión temporal y espacial del trabajo realizado por Kuznets (consistente en establecer las primeras cuentas nacionales estadounidenses y las primeras series históricas sobre la desigualdad), demostrando justamente lo contrario de lo que este defendía, esto es, que existe una estabilidad en el nivel de la desigualdad, o más exactamente, que la desigualdad en el ingreso disminuye en las fases avanzadas del capitalismo, para estabilizarse posteriormente. Piketty sin embargo, defiende con Marx (cuya obra más importante, *El capital*, recuerda sospechosamente al título de la obra de Thomas a pesar de que él mismo se autodenomina no-marxista) que el capitalismo tiende a acentuar la desigualdad. ¿Cómo es posible entonces que la tesis apocalíptica marxista (basada en un principio de “acumulación infinita”) no se produje-

¹⁹ http://www.francetvinfo.fr/economie/legion-d-honneur-refusee-piketty-et-hollande-du-soutien-a-larupture_786009.html

ra? Según Piketty porque se incrementó la productividad y se produjo una intensa difusión de conocimientos, lo cual quiere decir que existen ciertos mecanismos capaces de refrenar esa espiral desigualitaria inherente al capitalismo (sobre esto volveremos más adelante).

En esta dirección se encamina su principal obra, *El capital en el siglo XXI* (título original *Le Capital au XXI siècle*), cuyo objetivo principal es el estudio de la distribución de la riqueza a nivel global durante un periodo de 250 años para tratar de sacar de la experiencia del pasado algunas claves para afrontar el porvenir. Si bien es cierto que Piketty no condena la existencia de desigualdades, sino que las pone en duda cuando estas no están fundadas en la utilidad común. “La desigualdad debe ser justa y útil para todos” afirma citando el primer artículo de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789. Para determinar en qué consiste exactamente la utilidad común Piketty defiende que se debe dotar a la ciudadanía de la información necesaria para que esta sea capaz de llevar a cabo un debate democrático acerca de la mejor forma de distribución de los bienes. Esta idea encaja con lo que el autor entiende que debe ser la función de las ciencias sociales, cuya reconciliación es necesaria. Critica así a aquellos intelectuales que disfrazan con especulaciones puramente teóricas su ideología sin aportar nada al debate público.

La principal tesis que Piketty defiende en esta extensa obra es que si la tasa de rendimiento del capital supera la tasa de crecimiento (producción e ingreso),

el capitalismo produce desigualdades arbitrarias que cuestionan el ideal meritocrático de nuestras sociedades. Para llegar a esta conclusión, el autor hace un largo recorrido histórico y divide su obra en cuatro partes, introduciendo, en la primera parte del libro, las nociones fundamentales que se utilizarán en lo que sigue. Este procedimiento posee dos ventajas: por un lado, facilita el acceso a la comprensión de la obra a los lectores no expertos en economía; por otro lado, le dota de una rigurosidad que mejora la discusión de lo que allí se nos plantea. Posteriormente, en la segunda parte del libro se analizan la evolución a largo plazo de la relación capital/ingreso y del reparto global del ingreso nación. En la tercera parte se centra en la estructura de las desigualdades relacionadas con el trabajo y el capital. Para, finalmente, introducir en la cuarta parte ciertas propuestas para regular el capital.

En su repaso histórico, Piketty se percató de que el rendimiento del capital ha sido sorprendentemente estable históricamente, en torno al 5%, mientras que la tasa de crecimiento ha oscilado entre el 1 y el 1,5%. Esto significa que el incremento de la desigualdad es una constante en la historia del capitalismo, a excepción del periodo conocido como los Treinta Gloriosos, tras la Segunda Guerra Mundial. La desigualdad se redujo entonces debido tanto a los choques producidos como por la posterior implantación de un sistema fiscal, que posibilitó la aparición de lo que se conoce como Estado Social. Solo tras la guerra los ingresos producidos por el trabajo comenzaron a tener mayor im-

portancia que la herencia recibida del pasado. Sin embargo, desde la revolución conservadora anglosajona se ha producido una vuelta en sentido inverso, en especial gracias a la globalización financiera y la desregulación de la década de 1990-2000, permitiendo que los capitales privados, a pesar de la crisis del 2008, recuperaran a principios del 2010 una prosperidad cercana a la de 1913. Piketty entiende que esta evolución se explica por tres factores, principalmente: la desaceleración del crecimiento, sobre todo demográfico; un movimiento de privatización y transferencia de la riqueza pública hacia la privada; y un fenómeno de recuperación de los precios de los activos inmobiliarios y bursátiles, en un contexto político favorable para los capitales privados. La liberalización de los flujos de capital sin control sobre los activos poseídos fue la consigna de los gobiernos de los países ricos desde los 80. Instituciones internacionales tan importantes como la OCDE, el Banco Mundial y el FMI, promovieron tal acción en nombre de la ciencia económica más avanzada, lo cual refleja la ideología dominante en un momento marcado por la caída de la unión soviética y una fe sin límites en el capitalismo y la autorregulación de los mercados.

El hecho que hay de fondo es que, contra toda apariencia, la guerra no hizo tabula rasa del pasado pues, aunque el capital cambió de naturaleza (las tierras agrícolas fueron reemplazadas por el capital inmobiliario y financiero), su estructura interna siguió siendo la misma, pasando de un capitalismo patrimonial a uno de rentistas o ejecutivos, donde los

multimillonarios poseen aproximadamente 1.5% del total de las fortunas privadas del mundo. La sostenibilidad de tal desigualdad depende no solo del aparato represivo sino, sobre todo, de la eficacia del aparato de justificación. Si esta se basara, como se supone, en la alusión al mérito, no podría justificarse el desorbitado sueldo de los superejecutivos, el cual guarda poca relación con su productividad, aun asumiendo, como afirma Piketty, que esta resulta en ocasiones difícil de cuantificar. No obstante cabe destacar que tras la guerra, se produjo un cambio fundamental en la estructura de la riqueza: por primera vez en la historia surge una clase media patrimonial. Sin embargo, el poder descentralizador de esta clase se ha visto reducido en los últimos años en tanto que, al aumentar la desigualdad, se incrementó la tendencia al endeudamiento, tanto más porque al mismo tiempo les eran propuestos créditos cada vez más fáciles y desregulados por los bancos e intermediarios financieros, lo que contribuyó a la aparición de la crisis financiera de 2008.

Lo que estos hechos ponen de relieve es que no existe un determinismo económico sino que el devenir depende de decisiones políticas y personales, o dicho de otro modo, que existen mecanismos que frenan o acrecientan la desigualdad. A estos mecanismos los denomina Piketty de convergencia o divergencia respectivamente. Los principales mecanismos de convergencia los constituirían la difusión de conocimiento, la inversión en formación y, potencialmente, el trabajo humano y las competencias, así como el desarrollo tecnológico y

el crecimiento demográfico (pues este disminuiría la importancia de la riqueza originada en el pasado). En cuanto a los mecanismos de divergencia, Piketty destaca la situación anteriormente citada: una situación de bajo crecimiento y un elevado el rendimiento, lo que supone que “el pasado tiende a devorar el porvenir” (p. 414). El hecho es que el sistema no contrarresta esta fuerza, sino todo lo contrario: cuanto más perfecto sea el mercado, más posibilidades hay de que se dé tal situación. Además subraya la existencia de una fuerza de divergencia adicional producida por la globalización financiera: el vínculo existente entre el rendimiento obtenido y el tamaño de la cantidad invertida.

Finalmente, Piketty propone algunas recetas para evitar continuar con el incremento de las desigualdades, de entre las cuales destaca un impuesto global y progresivo sobre el capital. Este impuesto no solo permitiría reducir significativamente esta situación de desigualdad, sino que también es esencial para financiar los gastos de una nación y reducir una deuda pública tan importante como la que sufren los países europeos. Antes de decantarse por esta solución, Piketty estudia otras salidas a la deuda pública, como serían la inflación y la austeridad, sentenciando esta última como la peor de las salidas (tanto por su eficacia como por su justificación en tanto que tiende a aumentar la desigualdad) siendo, sin embargo, la receta más propagada actualmente en Europa. La propuesta de Piketty posee la bondad de preservar la apertura económica y las fuerzas de competencia. Destaca que

este impuesto tendría como misión principal regular el capitalismo evitando crisis financieras y bancarias, pero además permitiría financiar el Estado Social. Si bien es cierto que considera desde el principio esta medida como utópica, ya que haría falta, principalmente, el intercambio de información fiscal entre países, le parece útil como herramienta teórica comparativa respecto de otras soluciones menos eficientes. Lo triste es que la imposibilidad de la aplicación de esta medida se debe a una falta de voluntad de los países, pues estos tratan de competir para atraer capitales, reduciendo la tasa impositiva. Sin embargo, Piketty entiende que la aplicación de esta medida sería factible a nivel europeo, pero contraproducente si se aplicara en un solo gobierno. El último de los argumentos esgrimidos para salvar esta propuesta reside en el hecho de que sin impuestos no puede haber destino común ni capacidad colectiva para actuar, por lo que estos no son un asunto meramente técnico sino eminentemente político y filosófico.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, no nos ha de extrañar que la obra haya suscitado un importante revuelo. Aparte de discusiones estériles acerca de lo irrealizable de su propuesta, a Piketty se le ha criticado por la definición de capital que utiliza en su obra: “el capital se define como el conjunto de los activos no humanos que pueden ser poseídos e intercambiados en un mercado” (p. 60). Entre sus críticos a este respecto destacan David Harvey, quien argumenta, que el capital no es una “cosa”, sino un proceso, y Yanis

Varoufakis, que entiende el capital como “medios de producción producidos”. En otro orden de cosas, Wade le reprocha que el libro se concentra mucho en rentas y distribución de riquezas, pero dice poco sobre los procesos productivos. Dejando de lado las discusiones técnicas, la obra posee un mayor número de aspectos positivos. Si bien es cierto que Piketty no pone en duda las bondades del capitalismo, como hemos visto, trata de establecer ciertas medidas para regularlo, incluso se atreve a presagiar distintos futuros escenarios dependientes de las decisiones políticas tomadas, lo cual resulta muy arriesgado. Además pone sobre la mesa un debate acallado durante largo tiempo, el tema de la desigualdad de las clases sociales, haciendo aún más evidente su inexistencia en los análisis económicos. Esto resulta especialmente atractivo en un país como el nuestro, donde, a pesar de la crisis económica, se viene produciendo un incremento de las rentas del capital en detrimento de las rentas del trabajo, todo ello unido a una crisis de credibilidad de las instituciones políticas, dejando claro que, efectivamente, el capitalismo progresa por la desigualdad y suele entrar en crisis por la especulación.

La conclusión que se extrae de todo lo anterior es que derechos de propiedad mejor garantizados, mercados más libres y una competencia más pura no implican alcanzar una sociedad más justa, próspera y armoniosa -tal y como el proceso histórico ha demostrado. La única solución para retomar el control del capitalismo reside en “apostar por

la democracia hasta sus últimas consecuencias” (p. 645).

María Pilar GARCÍA-CHICOTE

Melinda COOPER y Catherine WALDBY, *Clinical Labour. Tissue Donors and Research Subjects in the Global Economy*, Durham, Duke University Press, 2014, 296 pp.

Las reflexiones que se dedican al capitalismo y a la nueva racionalidad neocapitalista en general se van construyendo obviamente a partir de la ideología neoliberal dominante, y en particular en la determinante dimensión de la producción postfordista. Lo que se impone es comprender la relación entre el proceso de trabajo y la producción de valor en una realidad compleja y cada vez más precaria, donde el individuo aislado se encuentra sometido a una constante y creciente explotación. En el ámbito de las investigaciones sobre el capitalismo, con el pensamiento crítico se dirige la atención también hacia el rol de la especulación en la creación del valor del capital, debido a la financiarización de la economía; otra dirección de investigación que se va formando es la que se orienta a una reflexión más empírica, que concierne a las nuevas formas de trabajo a partir de los cuerpos.

En un trabajo reciente con el título de *Clinical Labour. Tissue Donors and Research Subjects in the Global Economy*, las docentes e investigadoras australianas Melinda Cooper y Catherine Waldby han trazado una especie de mapa económico-social de las nuevas reali-